

## INGLATERRA, POTENCIA DE TERCER ORDEN

Micawber, ese grande y más bien simpático personaje de la literatura inglesa, pudiera ayudarnos a comprender la situación en que se encuentra la potencia que bien sabe todo el mundo que tiene perdida, desde hace muchos años, la posición de primacía que en los asuntos generales había ocupado tan largamente, pero que nadie, casi nadie, dentro y fuera de ella, parece ser capaz de aceptar que una realidad cruel le haya hecho descender a la posición de una potencia de tercer orden. Porque si bien es cierto que desde el día en que el Gobierno inglés había recurrido al norteamericano, para advertirle que no podría continuar sosteniendo por más tiempo la carga que representaba el mantenimiento de una fuerza militar en Grecia, necesaria para contener la presión comunista, con lo que se produjo uno de los grandes cambios en la situación en que se encontró el mundo a la terminación de la segunda guerra mundial, y se han dado otras situaciones que hablan también de una política de abdicación impuesta por las circunstancias, notoriamente adversas, no deja de ser igualmente cierto que el presidente Johnson, al insinuar que se había producido un nuevo cambio en la política exterior de los Estados Unidos, pareció dejar en manos de ingleses y alemanes la decisión que se ha de tomar sobre una cuestión de tanta importancia como la fuerza multilateral con que se quería armar a la O. T. A. N. Seguramente a una potencia de tercer orden no se le confía una misión que tiene, después de todo, una importancia fundamental.

Pero el fondo de la cuestión es otro. Ese aspecto político—y superficial—de la cuestión pudiera ser una prueba, una demostración más de que la vida de Inglaterra ha sido, en cierto modo, artificial, desde hace mucho tiempo, una vida de prestado en la que se había perdido de vista por completo el sentido de lo que había observado Micawber. “Un ingreso anual de 20 libras—advirtió el personaje de Dickens—, un gasto anual de 19 libras,

19 chelines y seis peniques: resultado, la felicidad. Un ingreso anual de 20 libras, un gasto anual de 20 libras, cero chelines y seis peniques: resultado, la miseria.”

Así es como han vivido los ingleses desde hace largos años, los suficientes para dejar a la vida política de la nación sin una sólida base económica sobre la cual asentarse y descansar. Ya nadie habla de los “cien días” de Mr. Wilson, porque el hacerlo sería cosa de burla y la situación de la Gran Bretaña ha llegado al punto de crisis, quizá de ruina, en que se puede sentir lástima y hasta dolor, pero nunca el deseo de hacer burla.

Antes de que se hubiese llegado al fin de esos “cien días”, se había desvanecido por completo toda posibilidad de iniciar una obra de transformación tan radical que no quedase más remedio, con los laboristas o con los conservadores en el Poder, que continuar adelante. Todo ese tiempo y mucho más del que se pudiese disponer no sería bastante para poner remiendos, en general extraordinariamente costosos, a un traje tan usado ya, tan raído que, bien se pudo ver en seguida, se iba con pasmosa facilidad por las costuras mismas, que tiraban sin piedad de la parte todavía no remendada. Tantos habían sido los años que el inglés medio—la nación en su totalidad—había vivido con esos gastos anuales, que se quedan un poco, por muy poco que fuese, por encima de los ingresos que no había sido posible reponer, restaurar y recomponer el traje. Todo lo que se percibía en calidad de ingresos era poco para destinarlo a la compra de aparatos electrodomésticos, automóviles, viajes y excursiones por el extranjero, fincas de recreo en la Costa Azul o en la Costa del Sol y a empresas como la que buscó contener la presión comunista en Grecia, que hubo de ser confiada al fin a los Estados Unidos, o a sostener las posiciones imperiales británicas por el Oriente Medio, que han sido abandonadas, al fin y en gran parte, por falta de medios y recursos y por ser demasiada la presión: no tanto de los factores autóctonos, muy fuertes siempre, como de la insistencia norteamericana en que también por ahí se efectuase una necesaria operación de repliegue. Para acabar en el intento hecho por Harold Wilson, el *premier* británico, en su visita a Washington del año pasado—vuelta a repetirse este año—para obtener una colaboración norteamericana capaz de hacer más tolerables, más llevaderas, las responsabilidades de la política exterior británica para la región que se encuentra “más allá de Adén”.

Estas responsabilidades han sido la única razón aparente por la cual Mr. Wilson no se prestó desde el primer momento a poner todos los medios

susceptibles de apuntalar una política estratégica, la mayor parte de ellos en proceso de muy rápido envejecimiento, al servicio de esa fuerza multilateral en proyecto, a la que, para demostrar que se trataba de algo radicalmente nuevo, se ha bautizado, antes de nacer, como fuerza nuclear atlántica, o A. N. F., por las iniciales en inglés, que empezaron a ser de uso muy generalizado.

Con este paso, que se quiere justificar, como la creación misma de la M. L. F.—fuerza multilateral de la O. T. A. N.—, con la necesidad de acabar de una vez con la tendencia a la proliferación de las armas nucleares, se hace una demostración más de lo hondo que ha caído la posición de gran potencia que Inglaterra venía ocupando. Quiere decir que Inglaterra está dispuesta al abandono total de la política del llamado *deterrent* propio, independiente, la posesión de una fuerza nuclear “disuasoria” que ha llegado a considerarse como la demostración inconfundible de que se tiene el derecho propio de acceso al “club nuclear”, en el que sólo habían conseguido entrada, hasta ahora, las más grandes entre las potencias conocidas. O, para ser más precisos, las superpotencias, puesto que con el comienzo de la era atómica se ha producido una situación tal de poder que no se describe adecuadamente a la manera habitual hasta entonces.

Durante años, todos los años de la postguerra, en realidad, Inglaterra, gobernada por laboristas o por conservadores, ha buscado afanosamente entrar en posesión irrestringida—y sumamente costosa—de las armas nucleares como la única manera posible de continuar ocupando una posición de paridad, por muy relativa que fuese, al lado de las grandes o supergrandes potencias. La proposición de Mr. Wilson de renunciar prácticamente a ese *deterrent* independiente en torno del cual giró un aspecto importante de la última campaña electoral, pudiera interpretarse como la decisión, muy meditada, sin duda, del Gobierno inglés, de renunciar a los derechos de entrada en ese club nuclear. Y, por lo tanto, de renunciar también a la posición que podía ocupar Inglaterra como una gran potencia.

Sólo la posibilidad—para Inglaterra habría de ser certeza—de una política de colaboración atlántica activa haría tolerable esa situación nueva en que se encontraba. Esto podía afirmarse un poco más ante la insistencia de Mr. Wilson en el mantenimiento del veto norteamericano sobre el empleo, en un caso extremo, de las armas nucleares que se pensaba poner a disposición de la O. T. A. N., una vez creada la A. N. F. Es decir: ese “mando mixto” que se proyectaba crear sólo serviría para encubrir muy:

pobremente el propósito de dejar las cosas como ya lo estaban: con la decisión norteamericana final y última sobre el uso posible de las armas nucleares. Esta insistencia de Mr. Wilson, que según el semanario *Time* tenía como finalidad el tranquilizar los temores ingleses ante la posibilidad de que la Alemania Occidental pudiese adelantar su propio dedo hasta colocarlo en el percutor atómico a través de la M. L. F., encontró un ambiente muy favorable en Washington. "Johnson le aseguró—afirma *Time*—que los Estados Unidos retendrían ese veto bajo cualquier circunstancia."

Casi tan grave—acaso más grave que la expresión inmediata de la situación en que se encuentra la Gran Bretaña—fué la decisión del Gobierno de Londres de suspender—diferir—el pago de la anualidad correspondiente a 1964 de la deuda contraída con los Estados Unidos y el Canadá, una medida que no se ha adoptado ahora por vez primera, pero que no por eso ha dejado de llamar mucho la atención.

Dos veces antes, una en 1956, para el pago sólo de los intereses, y la otra en 1957, para el pago de los intereses y el principal, se había adoptado una decisión parecida. Pero entonces se tenía la impresión de que Inglaterra pasaba por un período excepcional, aunque transitorio, de grandes dificultades. Ahora, al anunciarse el aplazamiento de un pago a los Estados Unidos de 138 millones de dólares y otro al Canadá de 37.700.000 dólares, la reacción ha sido diferente.

No porque se alargue un poco más, hasta el año 2003, la liquidación definitiva de una deuda contraída en 1946, de la que quedan pendientes 3.650 millones de dólares en la parte norteamericana, que había subido originalmente a 4.370 millones, y una porción proporcional de la parte canadiense, que había sido para empezar de 1.185 millones de dólares, sino porque empieza a tenerse la incómoda sensación de que va a ser muy difícil, quizá en definitiva imposible, continuar como se había venido haciendo hasta ahora.

Un golpe más, de fuerza devastadora, fué la primera noticia de que Peter Daniell, el agente del Gobierno en la Bolsa de valores de Londres y miembro de la afamada empresa financiera Mullens y Compañía, que ha venido actuando en representación del Banco de Inglaterra desde hace siglo y medio, desde los días de Napoleón, estaba dispuesto a comprar todos los títulos de la deuda nacional inglesa que saliesen a la venta.

Era un acontecimiento sorprendente. Desde tiempo casi inmemorial, el agente del Gobierno—o del Banco de Inglaterra, lo que es igual, para estos

finés—solía comprar los títulos de la deuda que se ponían a la venta en la Bolsa. Pero sólo los de un tipo determinado: los que se acercaban a la fecha del vencimiento.

El procedimiento que se sigue en Inglaterra para la colocación en el mercado de los títulos de la deuda nacional y para su retirada se diferencia del adoptado por la mayoría de los países. Esos títulos, que se suelen llamar *gilt-edged*, es decir, del borde dorado, por la costumbre de litografiarlos con una especie de marco dorado que ha llegado a ser sinónimo de una solidez y seguridad absolutas, son colocados de una manera gradual en el mercado por el simple procedimiento de la venta en Bolsa a medida que acuden los compradores, como se hace con cualquier otra clase de valores de curso reconocido. Cuando, por otra parte, se va acercando la fecha del vencimiento, ese mismo agente de la casa Mullens y Compañía va comprando todos los títulos que llegan para la venta, con lo que el proceso de retirada de una emisión es gradual y se hace sin necesidad de disponer, en la fecha de vencimiento, de grandes sumas de dinero para redimirlos. En realidad, se van retirando unos títulos a medida que se ponen otros a la venta.

El aspecto nuevo y en general sorprendente de la situación que se dió cuando apenas había pasado una semana de la reanudación en gran escala de la presión sobre la libra, que hizo necesario movilizar una porción considerable de aquel fabuloso crédito a corto plazo de 3.000 millones de dólares, que se llegó a creer que tendría un poder mágico, más que suficiente para restablecer de manera automática la confianza en la libra que se había perdido y devolverle a la posición de paridad y acaso llegar a situarla un poco por encima, estaba en la adopción de una medida singularmente excepcional. El Gobierno estaba dispuesto a adquirir todos los títulos de la deuda, cualquiera que fuese la cantidad o fecha de vencimiento, que acudiesen a la Bolsa con miras a evitar que continuase el curso descendente en las cotizaciones iniciado pocos días antes. Se trataba de sostener el valor de cotización de estos títulos, representación de una deuda nacional de unos 30.000 millones de libras esterlinas representada por 42 emisiones distintas, por el mismo procedimiento que se había empleado para sostener la cotización de la libra y, al hacerlo así, impedir que cayese por debajo del punto crítico de 2,78 dólares por cada una, que haría, de no producirse la recuperación resultante de la intervención oficial, que la desvalorización fuese inevitable.

No se podía admitir la posibilidad siquiera de la desvalorización de la libra y no se podía permitir una caída ruinosa en las cotizaciones de unos valores que habían llegado a ser considerados como sinónimos de seguridad, solidez y confianza en el futuro.

Pero una situación así, ¿hasta dónde podría llegar? No se podía pensar que, con carácter permanente, el Gobierno comprase todas las libras que pudiesen salir a la venta en condiciones de crisis, como parecía indicar la imposibilidad de alcanzar la cotización el nivel de paridad, de 2,80 dólares. Se hablaba de un *healthy rate*, un tipo de cambio saludable, de 2,79, pero si ese tipo situaba a la libra a una centésima de dólar por encima del nivel crítico, también la mantenía a una centésima por debajo de la paridad oficial, lo cual parecía apuntar, sobre todo al tener en cuenta lo que se había hecho con miras a evitar una posible desvalorización, a una situación de debilidad mucho más que saludable.

El mantenimiento de una situación así durante un período considerable de tiempo podría resultar insosteniblemente ruinoso, a la larga, no sólo por el precio que se había de pagar, que ya se sospechaba subía a muchos cientos de millones de dólares, con lo que aumentaba extraordinariamente la carga que habían de seguir llevando los ingleses en el futuro, sino por los efectos desmoralizadores que eso podía tener para la vida financiera de la nación. Se hablaba de los comienzos o algo más de la emigración de capitales en gran escala, de la compra de divisas extranjeras por diversas razones, pero siempre con la misma consecuencia: el debilitamiento de la confianza y, por lo tanto, el aumento constante de la necesidad de buscar protección para el futuro, con lo que se hacía más apremiante la necesidad de continuar comprando divisas extranjeras y, por supuesto, acentuando la posición de debilidad de la libra.

Pero no era la libra lo único que se veía seriamente afectado en este caso. Se había producido una situación de temor, quizá de pánico ya, sobre el futuro de esos valores *gilt-edged*. No por las mismas razones que habían amenazado a la estabilidad de la libra, pero sí con las mismas consecuencias. La causa inmediata de una tendencia acusada a la venta de los títulos de la deuda eran las noticias sobre un nuevo impuesto, o un impuesto más alto, sobre las ganancias capitales, que amenazaba afectar de una manera muy desfavorable el rendimiento producido, ya muy modesto, por estos títulos y que había creado en la Bolsa una situación francamente desmoralizadora.

Por esto y, en el fondo—con lo cual la situación empeoraba extraordi-

nariamente—, por el temor a que, a la larga, resultase inevitable la desvalorización de la libra. Si se produjese, al fin, una desvalorización, ¿en qué condiciones quedarían esos valores *gilt-edged*? Muy lamentables, sin duda alguna. De una manera más o menos acusada, todos los valores de esta clase pasarían a encontrarse en situación parecida a la que resultó de desvalorizaciones anteriores, especialmente aquella de sir Stafford Cripps, también laborista, que redujo de un plumazo, en 1949, el valor oficial de la libra en más de una tercera parte. De esa manera, un título de la deuda como esos valores de Tesorería al 2,5 por 100 emitidos en 1946 acabó experimentando una caída en el valor nominal de un 60 por 100.

Son consideraciones así las que ayudan a comprender una situación como la que se dió en la Bolsa, donde empezaron a presentarse a la venta muchos más títulos de la deuda que los que podían ser absorbidos por la demanda.

Pero si por este lado no se acaba de vislumbrar siquiera la posibilidad de salir la situación en que se ha caído, no por culpa de este Gobierno o del otro, sólo por culpa de esa facilidad aparente con que el inglés ha conseguido vivir, durante años y años, por encima y más allá de sus propios medios, menos fácil será encontrarla por el de la política de austeridad que ha de depender de muchas cosas, empezando, sin duda, por sacrificios y privaciones que no se acaba de comprender por qué han de ser tan necesarios. Y menos todavía en la forma y circunstancias en que se insiste en su aplicación.

Se ha llegado, por ejemplo, a un acuerdo en principio que parece prometer una política de rigurosa estabilidad en materia de sueldos y jornales, al quedar sujetos los aumentos al índice de productividad, lo que se da en llamar una *incomes policy*; pero al mismo tiempo casi se produjo un aumento general en los ingresos de unos 330.000 ferroviarios que en la gran mayoría de los casos llega al 9 por 100. Se calcula que este aumento nada más representa la eliminación total de una reducción en el déficit resultante del funcionamiento de los ferrocarriles ingleses, que se había logrado en 1963 y que había subido a 22 millones de libras.

Y las grandes reducciones que se prometían para los gastos de defensa, los más elevados, con mucho, del presupuesto nacional, ¿en qué se van quedando?

Por un lado, se tropieza con unos gastos que empiezan a parecer menos necesarios o más inútiles cada día, en este mundo un poco fantástico a la vez que absurdo de la era atómica, en el que se ha alcanzado y dejado

atrás, hace tiempo, el punto de la total saturación en lo relativo a la capacidad destructora de las armas modernas, pero no la necesidad aparente de continuar fabricando más armas y dejando un poco más repletos todavía unos arsenales que están atestados. Es algo asombroso y que llevó a *The New York Times* a hablar de los "hechos impresionantes" de la actual "paz por el terror mutuo" que sirvió de tema al secretario de Defensa norteamericano, Robert S. McNamara, en las sesiones del Consejo Ministerial de la O. T. A. N. de fines del año pasado, a aludir a la existencia, sólo en la Alemania Occidental, de armas nucleares norteamericanas del equivalente de 5.000 bombas atómicas como la que destruyó la ciudad japonesa de Hiroshima. Y esto, advirtió, no es más que una fracción insignificante del poder devastador de los Estados Unidos.

Pero, ¿a qué viene hablar de estas cosas? A "impresionar a los que le escuchaban sobre la falta absoluta de la necesidad de una proliferación nuclear dentro de la O. T. A. N.", según las palabras de *The New York Times*. Pero la carrera de los armamentos sigue adelante, incluso de los armamentos nucleares, como bien sabe el *premier* inglés. Y sin que haya manera de evitarlo. Ni siquiera después de haber examinado la situación crítica en que se encuentran las finanzas y la economía en general de alguna potencia, de la Gran Bretaña misma, por ejemplo.

Posiblemente se pueda hablar ya de algo sin precedentes adecuados, no tanto por lo mucho que cuestan muchas cosas que se están haciendo, sino por lo innecesario que están resultando. Después de hablar, en la Cámara de los Comunes, de una situación desalentadora, el propio Mr. Wilson advirtió que sin un cambio de política en alguna parte, el costo subirá automáticamente de año en año sin que por ello se dé fortalecimiento alguno paralelo de las fuerzas armadas de la nación. Con razón a *The Times* de Londres le pareció "intranquilizadora" una declaración de esta naturaleza: gastar más y más, por ser eso absolutamente necesario, sin que de ello se desprenda ni siquiera un solo hecho positivo. No porque haga falta, en realidad, puesto que las potencias atómicas se encuentran en posesión, al parecer, de un poder que es muy superior a todo lo que se considera necesario para hacer frente a cualquier conflicto que pudiera surgir, sino para evitar los efectos desmoralizadores que sin duda ha de tener el convencimiento—y la publicidad que se da a ese convencimiento—de que es ya inevitable el gasto de más cientos de millones por la simple razón de haberse alcanzado una situación tan extraña como esta de la era atómica, con toda su capacidad de poder con-

centrada y resumida en armas llamadas a convertirse en una especie de peso muerto de intolerables dimensiones, un albatros como el que colgó Coleridge del cuello de aquel desventurado "Ancient mariner".

Se ha de seguir adelante, pues, con una programa cuyo costo va subiendo de año en año, porque "hay a veces un mayor costo en el reajuste de un programa que en seguir adelante sin limitación alguna, en cualquier caso durante un año o dos", según palabras del *premier* que ha hecho, sin duda, descubrimientos asombrosos en el curso de los sus primeros "cien días" en la residencia oficial del 10 de Downing Street. Descubrimientos de la naturaleza de esa aparente conclusión de que es forzoso seguir adelante, aunque no haya razón que lo justifique y aunque resulte fabulosamente costoso hacerlo, porque dar la vuelta atrás es imposible, ni más menos. En parte, una parte que pudiera ser decisiva, porque el repliegue resultaría más costoso todavía y no resultaría fácil encontrar la justificación en que apoyar una decisión de esta naturaleza.

Llegó a producir Mr. Wilson la impresión de que ni siquiera es posible tomar medidas efectivas para reducir en serio el costo que representa el mantenimiento de una importante representación militar británica a orillas del Rhin, a pesar de que "no podemos decir—explicó—que este amontonamiento de los gastos ha conducido a una mayor seguridad". Se trata de unos gastos que suben, sólo para esto, a 85 millones de libras anuales y que parecen menos justificados ahora que se ha invertido del todo el balance de las relaciones comerciales anglogermanas, para arrojar un saldo desfavorable a la Gran Bretaña.

Si no se tratara de nada más que esto, la situación podría ser llevadera. Pero hay muchos más gastos de esa o parecida naturaleza, y todos ellos ayudan a que sea más terrible el peso de ese albatros colgado del cuello del inglés medio—sin que todavía, hecho tan fantástico como real—se dé buena cuenta de ello—desde hace años. Como los 125 millones de libras que está costando la conservación de lo poco que ya queda del poder militar inglés por el Oriente Medio. Pero ni por el Rhin, ni por el Oriente Medio, ni por el Lejano Oriente se dibujan con claridad horizontes de esperanza, ni siquiera de alivio, para un futuro inmediato.

¿Por qué no hacer una política de economías por esa parte del mundo donde cada día parece resultar menos eficaz y más innecesaria, por lo tanto, la presencia de la Gran Bretaña? "Abdicaríamos—declaró Mr. Wilson, en una respuesta anticipada a quienes se preparaban para el ataque—de lo que

considero yo ser nuestro deber para con la Commonwealth y la paz del mundo y acabaríamos abdicando también de cualquier esperanza futura de ejercer una influencia real en el mundo si fuésemos a pensar que esta función nuestra pudiese ser abandonada.”

Pero, y en un último extremo, ¿por qué no reducir los gastos militares, especialmente cuando se los presenta como algo ya tan costoso como innecesario, sobre todo ahora que el ala izquierdista del Partido que se encuentra en el Poder—nada desahogadamente, es verdad—se moviliza para pedir eso mismo? ¿Es que no sirven para nada sus argumentos, apoyados en cosas como la aparente decisión soviética de reducir su propio presupuesto militar en unos 500 millones de rublos, y lo que se está haciendo en los Estados Unidos, donde cosas como la liquidación, enajenación o reducción de muchos establecimientos militares, bases, astilleros, etc., se está traduciendo en economías que al cabo de unos pocos años sumarán por lo menos otros 500 millones de dólares en cada presupuesto anual?

Es curioso lo que está pasando. Lo que pueden hacer los demás no lo puede hacer Inglaterra. A pesar de lo que dice *The Observer*, de Londres, que Inglaterra “no puede tener ni la esperanza siquiera de llenar esas obligaciones (las que tiene contraídas por el Lejano Oriente, por ejemplo) por sí misma”. No se ve la forma en que se pueda desprender de ellas, sobre todo mientras no haya voluntarios dispuestos a acudir en su ayuda, como hicieron los Estados Unidos, en 1947, cuando el Gobierno inglés de entonces, también laborista, advirtió que no podía continuar soportando una carga penosa que hacía posible, entre otras cosas, la disipación, sin pena ni gloria ni provecho aparente de ninguna clase, de un fantástico empréstito negociado el año anterior en Washington y Ottawa.

No hay indicios que muevan a sospechar que acaso no se llegue a repetir una experiencia como aquélla. Ante todo, porque los Estados Unidos se encuentran con demasiadas cosas a las que atender, con una sensación de cansancio al cabo de tantos años de concesión de ayudas que han servido, en definitiva, para poco, con la única—y espléndida—excepción del Plan Marshall, y con una inclinación que empieza a parecer irresistible a ir desprendiéndose de ciertos costosos experimentos en materia de política exterior para centrar la atención en los detalles del ambicioso y sumamente caro proyecto de “the Great Society”. Se puede hablar, por lo menos, del renacimiento de algo así como un nuevo aislacionismo para algunas cosas. Y también de una actitud más pragmática, mucho menos idealista, en algunos

aspectos por lo menos de la política exterior, como el que alude a las relaciones con la Unión Soviética, o el cambio que, sin duda, representa el aparente abandono de la presión que con tanta fuerza se ejerció a lo largo de la mayor parte de 1964, en favor de la M. L. F.

No deja de ser llamativo el hecho de que, de pronto, el Gobierno norteamericano produjese la sensación de haber perdido interés por una cuestión que estuvo a punto de crear una situación de crisis no sólo en las relaciones entre Washington y París, sino entre Bonn y París también y, en cierto modo, entre Londres y París. Algunas de las cosas que han venido sucediendo en 1964 y que continuarán sucediendo, sin duda, en 1965, son consecuencia directa de la impresión, tan desfavorable, que en el general De Gaulle produjo el acuerdo entre Kennedy y Macmillan, en Nassau, a fines de 1962. La última y más definitiva de las demostraciones de que Inglaterra miraba ante todo y por encima de todo hacia los Estados Unidos. Mucha de la atención que pudiera quedar en libertad estaría monopolizada por las relaciones con los países de la Commonwealth. En ese caso, ¿qué interés podía tener en ganar la entrada en la Comunidad Económica Europea? Sólo, pensó De Gaulle, el servir a unos intereses extraños.

Lo que sucedió a continuación fué un golpe serio, tal vez definitivo. Porque dejó cerrada la única salida realmente prometedoras para la situación en que se encontraba Inglaterra. Porque sus relaciones económicas con los Estados Unidos, siempre importantes, tienen horizontes muy limitados, los horizontes fijados por el interés comercial de los Estados Unidos, nunca de la Gran Bretaña. Y las relaciones económicas con los países de la Commonwealth están llamadas fatalmente a ir reduciéndose y contrayéndose a medida que avanza, en algunos sitios con mucha rapidez, el proceso de industrialización que está más o menos en evidencia por todas partes. Entre las cosas más llamativas de la postguerra está el hecho sorprendente de que bastó con dar comienzo al período de transición de la C. E. E. para que las relaciones económicas de Inglaterra con los Seis—Francia, la Alemania Occidental, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo—experimentasen una tendencia clara hacia el aumento. Por ese lado exclusivamente—con la excepción, es decir, de lo que se pueda hacer con los países comunistas, la Unión Soviética en particular, hacia donde se dirigen muchas miradas anhelantes de políticos e industriales de la Gran Bretaña—estaba la única promesa real para el futuro. Una promesa que dejó truncada el general De Gaulle con aquella declaración que ponía el veto a la entrada en Inglaterra en la C. E. E.

Por lo menos, en las condiciones en que se quería negociar esa entrada.

Empezó a ir quedando al descubierto el estado de una economía descrita por el semanario norteamericano *Time* en términos realmente desalentadores. “No hay grandes secretos—dice—sobre el fracaso de la economía británica para hacer frente a la situación en que se encuentra: las raíces del mal están en una dirección indiferente, en el uso derrochador del esfuerzo humano, en la producción en pequeña escala e ineficaz y en una descuidada política de ventas. En el fondo de estas manifestaciones está menos una debilidad económica inherente que una actitud nacional de insularidad, una terca negativa, desde lo más alto hasta lo más bajo, a creer que las normas de vida de la Gran Bretaña—y su posición en un mundo próspero—depende de lo mucho que pueda vender a un mundo que se está haciendo más caprichoso en lo tocante a lo que quiere comprar y a quien se lo quiere comprar.”

La posición económica de Inglaterra es desalentadora, sencillamente. Su producción industrial aumenta ahora a razón de un solo 2 por 100 anual y sus exportaciones suben a un ritmo más lento que el aumento constante del nivel de vida del inglés medio. De todo esto y de otras cosas más, se desprende lo que pudiera ser la confirmación de una gran sospecha: que el inglés está viviendo, en definitiva, por encima de lo que permiten sus propios recursos.

Al dar cuenta de lo que pasó en la comida celebrada en un restaurante de la Alemania Occidental por un grupo de hombres de negocios ingleses que estaban de visita, el corresponsal en Bonn de *The Times* recogía en una crónica lo que dijo uno de ellos.

“No se atreverá usted a publicarlo—dijo el cuarto miembro del grupo—, pero si de veras restringiésemos la demanda en el interior yuviésemos medio millón de parados, nos pondríamos a exportar con mucha prisa, pero si hoy hiciésemos eso, el Gobierno se vendría abajo. Tenemos que encontrar la manera de estimular las exportaciones cuando las compañías tienen llenos los libros de pedidos y les va muy bien vendiendo al comprador que está a la vuelta de la esquina.”

En ese caso, ¿qué se puede esperar? Poco más que una impresión que sigue siendo confusa, ante todo y por encima de todo por resultar difícil de comprender cómo la situación de Inglaterra puede ser tan grave cuando nunca se ha conocido por allí un estado de prosperidad tan desarrollado. “Hay ahora, en una forma nueva, la cuestión de la Gran Bretaña—advierte *The Sunday Times*, un órgano esencialmente conservador—. ¿Hemos llega-

do a ser lo que los críticos piensan que somos, un país sin nervio y *amateur*, incapaz de usar métodos modernos, irreconciliado con el cambio en nuestra posición como potencia mundial, presumido, sin eficacia, irrealista y, por lo tanto, pretencioso y de segunda clase? ¿Es la acusación de la economía británica hecha por el semanario norteamericano *Time*..., verdad no sólo de nuestra economía, sino de nuestra sociedad? ¿O es la fase actual una de la cual acabarán los ingleses recuperándose, desprendiéndose de ella como nos hemos desprendido de otros períodos de malestar nacional en el pasado?"

Quiere este gran diario llegar a la conclusión de que no es para desesperar, especialmente en un país donde quedan tantas cosas admirables todavía, una notable estabilidad política, una falta casi absoluta de apoyo para el Partido comunista, por un lado, para las corrientes del extremismo de derecha, por el opuesto. Y si es cierto que Inglaterra ha caído de la posición que ocupaba como potencia mundial, eso mismo se ha producido en otros países, lo cual resulta ser una línea de razonamiento que aparece como perfectamente comprensible mientras no se caiga en comparaciones como las que hace *The Sunday Times*, al afirmar que Inglaterra es todavía una potencia mundial "más importante que Francia o Alemania, aunque no tan importante como el Mercado Común considerado colectivamente".

Puede la situación no ser desesperada todavía, aunque sobran motivos para pensar que es muy crítica, en el mejor de los casos. Pero cuando se entra en el terreno puramente subjetivo, se deja paso franco a cualquier clase de consideraciones. Como el pensar que desde el punto de vista económico y financiero, la posición de Inglaterra está ya muy por debajo de la que ocupan Francia y la Alemania Occidental. Es más, Inglaterra ha sido desplazada del segundo puesto que ocupaba en el mundo de las relaciones comerciales, por la Alemania Occidental, lo cual deja poco sitio, ciertamente, para la construcción de tesis como esa de *The Sunday Times*.

Y en cuanto al peso—y al prestigio—de la Gran Bretaña en la marcha de los acontecimientos, ¿qué se puede esperar de una situación como la de ahora, especialmente cuando se piensa en la marcha de retroceso que ha seguido un curso inexorable a lo largo de toda la postguerra? Es verdad que hay fuerzas sumamente poderosas que aún trabajan en favor del sostenimiento de cosas como la libra esterlina, pero eso responde menos a una política de genuina solidaridad que a una política absolutamente necesaria, egoístamente necesaria, no sólo para los países de la Commonwealth, donde una desvalo-

rización tendría consecuencias ruinosas, quizá en muchas partes catastróficas ya, sino para todo el mundo occidental, puesto que las repercusiones habrían de ser, forzosamente, hondas y anchas. Una especie de prueba dramática de ello está en el costo terrible que esta ayuda que Inglaterra ha recibido, sigue recibiendo, representa para una economía muy debilitada, lo cual hará más difícil y penosa, sin duda, una política de recuperación y restablecimiento. Y en esa aparente y relativa popularidad de que gozaba el actual Gobierno laborista, dentro y fuera del país, en las semanas iniciales, y pasadas ya. Acaso menos por las simpatías que habían inspirado Mr. Wilson y su política, que por temor a los efectos dislocadores que pudiera tener un posible retorto del Partido conservador al Poder en un futuro próximo.

Ya ni siquiera parece existir la perspectiva de que el laborismo siga adelante, sin pensar en ambiciosos programas renovadores, sin pensar en nada más que imponer disciplina y austeridad a la nación, lo cual quería decir, ante todo, que había de imponer disciplina y austeridad en las filas del sector de la población que más sentía la impaciencia de ganar más para seguir comprando coches y neveras y aparatos de televisión.

Estas perspectivas quedaron destrozadas en el momento en que se conocieron los resultados de unas elecciones parciales que llevaron, hecho sin precedentes, a la dimisión del ministro de Asuntos Exteriores, Patrick Gordon Walter, por quedarse sin escaño en la Cámara de los Comunes. Y la mayoría laborista quedó más pobre de lo que ya era. Acaso un aumento considerable en el precio de muchos artículos de primera necesidad y el temor a medidas de austeridad y economías presupuestarias que posiblemente desembocasen en el paro para miles de obreros hizo bajar o desaparecer del todo la gran mayoría laborista en dos distritos industriales, alcanzada en las elecciones del pasado octubre. Fué un golpe duro para la posición—y el prestigio, dentro y fuera del país—del *premier* que soñaba con evitar que la Gran Bretaña cayese al nivel de una potencia de tercer orden.

JAIME MENENDEZ.